

GELSYS GARCÍA

Anuncia Freud a María

Cartografía bíblica del teatro cubano

bokeh *

© Gelsys García, 2017

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2017

© Bokeh, 2017

Leiden, NEDERLAND
www.bokehpress.com

ISBN 978-94-91515-74-3

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this book may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise) without the written permission of both the copyright owner and the author of the book.

<i>Prólogo</i> Gelsys García.	7
<i>El Cristo</i> Jorge del Busto [1948].	17
<i>Jesús</i> Virgilio Piñera [1948].	59
<i>Anuncia Freud a María</i> Niso Malaret [1956].	105
<i>Auto de la estrella</i> Eugenio Florit [1941].	127
<i>Los mangos de Caín</i> Abelardo Estorino [1965].	139
<i>Otra vez Jehová con el cuento de Sodoma</i> José Milián [1967].	161
<i>La noche</i> Abilio Estévez [1994].	193
<i>El dado Job</i> Ulises Cala [1996].	251
<i>Yo, Judas</i> Gloria Maité Hernández Domenech [2002].	259
<i>Daniel y los leones</i> Maikel Rodríguez de la Cruz [2006].	267
<i>Sangre</i> Yunior García Aguilera [2006].	305
<i>Epifanía del cangrejo</i> Reinaldo Montero [2016].	339

Anuncia Freud a María
Niso Malaret

[1956]

PERSONAJES

MARÍA DUPLASSIS
TIRSO DUPLASSIS
OTILIA ESPADA
LUCO ESPADA
ABRIL, EL SIRVIENTE

INDICACIONES:

La sala del viejo caserón de los Duplassis podría estar en el Cerro, Faubourg St. Honoré, o Washington Square. El abandono y descuido de sus dueños se manifiesta en el estado caótico de la habitación. A la izquierda, unos trozos de madera tallada, cubiertos de telaraña, forman los restos de un escritorio y su silla. Las gavetas medio abiertas sirven de receptáculos para unas cuantas plantas secas. Más a la izquierda, cuatro puertas sumamente altas y estrechas dan al jardín; son de persianas francesas carcomidas por el comején y terminadas en abanicos de cristal anaranjado, roto. Se supone que si buscásemos las piedras callejeras que rompieron estos cristales, posiblemente las encontraríamos debajo del escritorio o en algún rincón del cuarto tal como cayeron y rodaron; y hasta cubiertas por una espesa capa de musgo. A la derecha, lo que queda de un sofá victoriano con su juego de sillas, son pedazos de madera minados de comején y cubiertos de una pelusa anaranjada, ya incolora. En el sofá, casi escondida por las cobras y ramas de grandes arecas, duerme un cuerpo de mujer. Al fondo, entre espesos cortinajes, un arco gótico comunica la sala con el resto de la casa.

María Duplassis, encorvada sobre el escritorio, podría pasar por un judío medioeval entrando en el talonario las ganancias de su usura. Tres o cuatro novelas sirven de apoyo a su codo mientras termina su carta. Seca la carta, la dobla y la guarda en su escote.

MARÍA. ¡Veinte años! Veinte años arrastrando por esta casa el deseo loco de un hijo que no llega a realizarse. He frotado mi vientre con albahaca: perfumado mis pechos con jugos y panales; a mi cintura ciño cuentas mágicas y de la cabecera de mi cama he colgado amuletos hechizados. ¿Qué querrán decir? ¿Qué significan? No lo sé y nadie me lo explica. Sin embargo, al levantarme todas las mañanas rozo mi pecho contra un racimo de uvas y al acostarme apago con mis labios la llama de una vela consagrada. He seguido con paciencia los ritos que me indican las hierberas, pero han pasado veinte años y sigo sola, sin hijos. *(Hace una pausa para acariciar los libros sobre el escritorio)*. En las novelas los hijos se producen sin esfuerzo, ocurren sin pedirlos, sin buscarlos. Yo trato de imitarlas...

(Abril entra por la puerta al fondo y silenciosamente cruza la habitación hasta pararse al lado de María. Viste pantalón negro de sirviente y camisa blanca de cuello y puños bordados. Es joven y buen mozo).

ABRIL. Señora...

(María se vuelve hacia Abril, dejándose ver bien por primera vez. Es menuda, de facciones muy finas, pero su pelo suelto y ropa desgarrada indican que el aseo no es su virtud más aparente. Al ver a Abril su cara demuestra desencanto).

MARÍA. Eres tú.

ABRIL. Solo yo.

MARÍA. Te faltó luz o mecánica. De pronto tuve la idea que podrías ser otra cosa.

ABRIL. Siempre he sido Abril. No soy otra cosa.

MARÍA. Lo serás. No lo puedo explicar, mas lo presiento. Un prodigio nos acecha y esta noche ocurrirá el milagro.

ABRIL. Siempre seré Abril.

MARÍA. De repente creí que me traías un hijo...

ABRIL. Solo traigo quejas de llantos y rabietas. El caballero no encuentra su mejor botonadura y se ha metido en su féretro. Amenaza permanecer en él hasta que aparezcan, por lo menos, los yugos. Llevo dos horas buscándolos.

MARÍA. (*Simultáneamente*). Son estas novelas... las llaman de rosa, y me hacen la víctima de alucinaciones. ¡Monstruos! (*Empuja al suelo los libros*). Me hinchan de envidia y de celos. ¡De miedo! Son incomprensibles. ¿Cómo pueden tener hijos sin consultar brujos o invocar demonios? ¿Qué deseas, Abril? Explícate.

ABRIL. La botonadura del caballero...

MARÍA. Extraviada, como siempre.

ABRIL. Se ha encerrado en el féretro y no hay fuerza que lo saque.

MARÍA. Busca en las macetas, a veces los entierra para ver si germinan. Aún no ha comprendido que en esta casa solo germina el deseo.

(Abril busca en las macetas de las arecas mientras María escarba en las gavetas del escritorio. Tirso Duplassis aparece en la puerta del jardín. Es gordo, de poca estatura y calvo. Parece un duende o un niño que nunca llegó a crecer. En sus brazos carga un enorme mono de fieltro cuyo rabo se introduce en la boca repetidamente).

TIRSO. En esta casa todo desaparece.

MARÍA. Otra vez lo mismo.

TIRSO. ¡Todo! ¡Todo! ¡Todo!

MARÍA. Mil veces te he implorado que no siembres tus alhajas. Cada vez que pierdes una tengo que levantar el jardín.

TIRSO. Todo lo revuelven. Lo único que falta es una limpieza.

MARÍA. (*Le da una bofetada*). Esa palabra es viciosa. La hierbera ha aconsejado...

TIRSO. (*Con la petulancia de un niño malcriado*). ¡Limpieza! ¡Limpieza!

MARÍA. Sabes bien que Abril jamás haría semejante atrocidad.

TIRSO. Poco me importa.

MARÍA. El polvo... las telarañas... lo más tenue y delicado que da la naturaleza.

TIRSO. Todo me lo botan, barriendo, fregando...

MARÍA. Sigue, sigue profanando tu hogar. Grítale palabras inmundas a tu mujer delante de los criados para que vean la clase de marido que Satanás me ha dado. (*Tirso cae de rodillas llorando desconsoladamente; Abril huye por las puertas del jardín; y María, arrepentida, trata de consolar a su esposo*).

MARÍA. No llores, tonto, sé dónde está.

TIRSO. (*Rabiando*). No la quiero.

MARÍA. No llores. Te compraré merenguitos.

TIRSO. ¿Y podré comerlos todos?

MARÍA. Todos. Ahora ve a buscar tu botonadura, se la echaste al cochino para que jugase.

TIRSO. Ya la busqué en la jaula del cochino. No está allí.

MARÍA. Después de todo no valía gran cosa.

TIRSO. No es por el valor, es por el recuerdo. Fueron los últimos dientes del abuelo.

MARÍA. Además, esta noche no tenemos que lucirnos, solo vienen los Espada.

TIRSO. ¿Vienen los Espada? ¿Qué importunos son!

MARÍA. Lo habías olvidado. Bien sabes que vienen cada cinco días. ¿Tienes que salir?

TIRSO. Hay velorio y no quiero dejar sola la funeraria. El ojo del amo..., como dice el refrán. ¿Encargaste los tomates?

MARÍA. Abril los trajo. ¿Es otro italiano?

TIRSO. Otro italiano y ellos no pueden llorar sus muertos sin ver las paredes cubiertas de verduras.

MARÍA. Últimamente no entierras otra nacionalidad.

TIRSO. Después hay práctica de barítonos para ensayar las últimas endechas.

MARÍA. ¿Cómo es posible que practiquen tanto? Embalsamientos, endechas, arreglos florales, llantos...

TIRSO. Debo pulir a los aprendices. Dar sepultura a la antigua es casi un arte perdido.

MARÍA. ¿No me ocultas nada?

TIRSO. ¿Qué podría ocultar?

MARÍA. A veces sospecho... algo me advierte que no eres tan santo como te supongo.

TIRSO. No te desesperes. Dijo la bruja que si seguían las sospechas y los ataques nerviosos podías rotundamente despedirte del hijo.

MARÍA. ¿No eres tú, tan culpable como yo? Todas las brujas cuentan con un sacrificio mío. Pero tú... no te veo arañarte el vientre con hierbajos hasta sacar sangre. No te veo prostrado ante el altar hasta tener las rodillas hinchadas como caimitos.

TIRSO. Quedamos en que mi trabajo sería escribir a París.

MARÍA. Ni de eso estoy convencida. Cuando no casamos no sabías escribir. Firmaste el acta con una esvástica. Si aún no has aprendido, puedo frotarme ungüentos hasta el juicio final como una imbécil.

TIRSO. Ya te dije que escribo regularmente.

MARÍA. Sé que la escribes, pero ¿la mandaste?

TIRSO. Esta mañana solté la paloma. Era la penúltima, solo queda una.

MARÍA. Una paloma... si esta tampoco llega creo que moriré.

TIRSO. (*Entusiasmado*). ¿Quieres ver el féretro que te he diseñado? En eso pasé la tarde.

MARÍA. No quiero féretro. Iré al sepulcro sobre el lomo de un camello. Y ahora que tocaste el tema, mañana mismo insístele de nuevo al cardenal.

TIRSO. Lo he visto cinco veces y las cinco se ha negado. El entierro que deseas es... ¿cómo me dijo?... pagano.

MARÍA. Hasta una muerte a mi gusto me niega la vida: un entierro faraónico. Sepultada viva entre un cortejo de bestias al pie de la Catedral. ¡Idiotas! No ven más allá de sus eucaristías. No se dan cuenta del valor publicitario de mi muerte. ¿Ves tú los pasquines? Gigantescos. SEÑORA DE MEDIANA EDAD

IMPACIENTE NO PUDO ESPERAR LA MUERTE PARA ENFRENTARSE CON DIOS. Sería el primer paso sincero dado por la civilización. Suicidios colectivos, puros, sin recurrir a las guerras.

TIRSO. Y el negocio por las nubes. No daría abasto enterrando.

MARÍA. Yo me sacrificaría, pero ¿para qué? y ¿por qué? No tenemos a quien dejar los frutos de nuestro esfuerzo.

ABRIL. (*Aparece en la puerta al fondo*). Señora, han llegado los Espada. (*Los Espada no esperan a que se les anuncie, empujando a Abril a un lado entran rápidamente. Él es alto, fuerte, atlético. Todo un tragaespadas. Ella es gorda, exageradamente dulce cuando habla, y su cara está casi totalmente cubierta por una espesa barba negra*).

OTILIA. María, mil años sin vernos.

LUCO. Hola, jovencito. ¿Qué tal va el negocio? ¿Se muere la gente?

MARÍA. Ya ni me acordaba de tu cara... si te veo en la calle no te reconozco.

TIRSO. Como de costumbre. Ayer más, hoy menos. Son las medicinas y las drogas nuevas.

MARÍA. Tengo tanto que contarte.

OTILIA. Te encuentro más expresiva... y esos colores saludables.

MARÍA. Vienen del jardín. En la primavera da mucho que hacer.

LUCO. ¿Otra vez cambiándolo?

TIRSO. Está casi igual.

OTILIA. Nunca olvidaré aquellas veladas al borde de la arena movediza.

LUCO. Era emocionante contemplar la arena chuparse los gatos que le tiraban.

MARÍA. Eres un romántico. Tirso diariamente juega con la muerte.

OTILIA. No existe nada más grandioso que la lucha de las bestias con la Naturaleza. (*María y Otilia van conversando hasta las puertas del jardín. Luco y Tirso se sientan. Los cuatro hablan a la vez*).



MARÍA. Aquellos sí eran años encantados. Este año el decorado será más sencillo, por seguir la época.

OTILIA. *(Sola)*. Algo muy mediocre.

MARÍA. La entrada a la pérgola es un laberinto de frutos menores. Y entre los rosales, la estatua de Zeus castrando a su padre.

OTILIA. ¿Quieres mi opinión? *(Mientras María medita la pregunta)*.

MARÍA. Espera...

OTILIA. Es solo un consejo.

MARÍA. Luego, cuando acabe. Las cabezas disecadas de Tirso van sobre estacas de marfil en el laberinto, pero no de frente, mirando la luna. Y cuando dé fiestas, en las cuencas de los ojos puedo instalar luces indirectas.

OTILIA. No sé qué decir. Estoy deslumbrada.

MARÍA. Confidencialmente. *(Le mete el dedo en la boca)*. Tirso no lo sabe. Lo de las cabezas.

OTILIA. Es inconcebible que aún quede alguien con imaginación en el mundo. Has creado una combinación succulenta. En el vagón de circo hasta una flor artificial se pudre.

MARÍA. No te desanimes, el cactus a veces... *(Vuelven conversando a sus maridos)*.

OTILIA. Algunos dan flores.

MARÍA. Y son comestibles.

OTILIA. Atraen los insectos.

MARÍA. Menos las arañas.

OTILIA. Que son las bonitas.

MARÍA. Y decorativas.

OTILIA. Tejen sus casitas.

MARÍA. ¿Qué chuchean ustedes?

(Agarra a Luco cariñosamente por el cuello).

TIRSO. Me dijo María que estuviste enfermo.

LUCO. Me tragué una espada sin darme cuenta que la punta estaba
mohosa,

TIRSO. Una indigestión.

LUCO. Sí... *(Solo)*. Bastante leve.

TIRSO. ¿Escogiste la tumba? ¿Arreglaste el entierro?

LUCO. No fue para tanto.

TIRSO. *(Solo)*. Las indigestiones a menudo engañan y de pronto
surgen las complicaciones.

LUCO. ¿Las complicaciones?

TIRSO. ¿Quieres mi opinión?

LUCO. Otilia... ¿No sería mejor?

TIRSO. En tu caso... Es solo un consejo.

TIRSO. Forraría el ataúd de azulejos árabes o si lo prefieres los escandi-
navos son mucho mejores. También son más caros. Los escan-
dinavos no tienen rival cuando representan escenas funerarias.

LUCO. Verdaderamente...

TIRSO. Confidencialmente, hemos encargado la serie completa de
la multiplicación de los peces... grises pasteles... negros azu-
losos y aquí y allá una manchita roja. La bauticé «Sardinas
Exaltadas».

LUCO. Es innecesario comentar el tema.

TIRSO. No te fíes mucho. La muerte se acerca como una pregunta
que hace la maestra y hay que contestarla. Estás en la escuela
y si no contestas te agarra por el cuello.

LUCO. Ayyyyyyyy.

TIRSO. Conversábamos de su propio entierro.

MARÍA. Ustedes los hombres siempre hablando del futuro.

OTILIA. Mejor jugar algo.

LUCO. ¿Lo mismo de siempre?

TIRSO. ¿Dónde está la guija?

MARÍA. Vamos a cambiar. Las apariciones son aburridísimas.

OTILIA. Sí, sí, algo distinto.

MARÍA. *(A Luco)*. Ustedes decidan.

TIRSO. Una partidita de ruleta rusa... hace siglos que no la jugamos.

OTILIA. Desde el entierro de tu prima Fresa.

MARÍA. ¡Qué casualidad! Tengo una pistola. *(Saca de su escote una miniatura de pistola como las que usaban las mujeres en el siglo diecinueve)*. ¿Verdad que es graciosa?

LUCO. Parece un juguete.

MARÍA. Le tengo cariño. Con ella mamá mató a papá.

OTILIA. No hay como tener recuerdos.

LUCO. ¿Quién quiere empezar?

TIRSO. ¡Yo! ¡Yo!

OTILIA. La salida siempre se echa a suerte.

TIRSO. Yo sugerí el juego y debo empezarlo.

MARÍA. Echémoslo a suerte.

LUCO. Es lo más correcto.

OTILIA. Solo somos cuatro y son cinco balas.

MARÍA. Podemos pensar que hay cinco jugando.

OTILIA. ¿Quién será la quinta?

TIRSO. Alguien conocido que pueda costear un entierro a todo lujo.

LUCO. Alguien desgraciado.

OTILIA. ¿La Marquesa Flores?

MARÍA. La Marquesa Flores... buena selección.

TIRSO. Yo no la conozco.

MARÍA. ¡Que sea la marquesa!

TIRSO. ¡Que sea la marquesa!

MARÍA. Tiraré la suerte. Tin marín de dos pingüé. Cúcara. Mácara.
Títiri. Fue.

OTILIA. ¡Gané yo! ¡Gané!

TIRSO. Estás de suerte esta noche.

OTILIA. ¡Qué astuta!

MARÍA. Fue el último consejo de mamá antes de subir a la horca.

OTILIA. Aquí va. (*Dispara en blanco*). ¡Ay, qué alivio! No fui yo.
(*Se inclina hacia la silla vacante para hablar con la marquesa*).

Señora marquesa...

LUCO. Gira la caja de balas.

MARÍA. No hay más que una bala y ya le di vueltas. Siempre voy con el revólver sin saber dónde está la bala. Si pierdo la paciencia y mato a alguien, los jueces no podrán decir que fue premeditado. (*Le entrega el revólver a Otilia*). Dispara.

OTILIA. (*A la marquesa*). Naturalmente, sin pena ninguna. Es lo correcto.

TIRSO. ¿Qué dice la marquesa?

OTILIA. Como ustedes son los posibles anfitriones de su velorio, quiere conocerlos. Odia morir entre extraños

MARÍA. No faltaba más. Señora, encantada.

LUCO. Pierda usted cuidado.

TIRSO. Muchísimo gusto. Yo lo arreglaré todo.

OTILIA. (*Dispara a la marquesa*). Tampoco fue usted.

LUCO. No fue la marquesa.

TIRSO. No fue la marquesa.

LUCO. Ahora yo. (*Dispara*). No fui yo tampoco.

TIRSO. (*María*). Está entre nosotros.

MARÍA. Me da mucha pena, siendo la anfitriona. Si acaso me toca, por favor dispensen mi ida repentina.

OTILIA. Desde luego, tonta, (*A la marquesa*). Siempre tan correcta.

LUCO. Sin pena ninguna.

OTILIA. La marquesa dice que estás disculpada. (*María dispara en blanco*).

TIRSO. Seré yo... sabiéndolo antes no es tan divertido. Pierde toda emoción. Lo bueno es que explote cuando no se espera.

MARÍA. Date prisa. Eres insoportable en el juego. Tardas horas en decidirte. (*Exasperada*). Dispara, Tirso. Si pierdes, por lo menos aprende a hacerlo con gracia.

LUCO. No sería mala idea traer un cubo. Podría manchar la alfombra.

MARÍA. No vale la pena, está muy gastada. (*Tirso dispara en blanco*).

OTILIA. No salió la bala.

LUCO. ¡Trampa! ¡Trampa!

MARÍA. ¡Qué estúpida soy! Ayer al limpiarlo se disparó y no la repuse. No te desanimes, Tirso. Enseguida traigo otra y puedes matarte como si nada hubiese ocurrido.

TIRSO. Así no se vale, se empieza de nuevo.

MARÍA. ¿Y por qué de nuevo?

OTILIA. Hoy no estás de suerte, ¿para qué perder el tiempo?

TIRSO. En todo juego de azar si se comete un error, se empieza de nuevo.

OTILIA. Entonces no juego.

MARÍA. Yo tampoco juego. Le toca morir y no ha de escapar tan fácilmente.

TIRSO. (*Casi decidido*). Bueno... si se empeñan.

LUCO. No les haga caso. Si no quieren jugar que no jueguen.

OTILIA. Alégrate, María. El tiro no puede causarle daño a la casa.

MARÍA. Oh, eso no importa.

OTILIA. ¿Es tu casa propia?

MARÍA. Casi, casi, casi y menos cada día.

OTILIA. ¿Cómo, casi, casi?

MARÍA. El contrato de arrendamiento no expira hasta el año dos mil quinientos.

TIRSO. Fue una excentricidad de mi bisabuelo.

LUCO. O una precaución. Los líos y responsabilidades del propietario son insufribles.

MARÍA. Todos los antiguos dueños han muerto y nadie se acuerda a quién pertenece.

OTILIA. Resultará curioso vivir en el hogar de tus antepasados sabiendo que nunca te ha pertenecido.

TIRSO. Por eso la encuentran tan destartada. No vale la pena gastarse el dinero reparando una casa cuyos dueños no existen.

MARÍA. *(A Otilia)*. ¿Quieres verla?

OTILIA. Del sótano a la buhardilla.

MARÍA. Ustedes quédense aquí. Tirso, enséñale a Luco tu colección de callos. *(María se lleva a Otilia por la puerta al fondo)*.

TIRSO. Empecé a los quince años y ya tengo mil quinientos juegos de callos. Como trabajaba en la funeraria de papá, ya mi colección era extensa antes de cumplir los veinte años. *(Saca un álbum grande como de fotografías de abajo del sofá)*.

LUCO. Tuviste suerte de empezar temprano en un orbe tan propicio.

TIRSO. Estos son los últimos que he adquirido. Estos tres pueden ser de Mussolini; y estos... estos... son de la Garbo. Se los compré a una mucama del Ritz. Tú mismo puedes verlo, todos pertenecen a celebridades.

LUCO. Indudablemente es muy valiosa y, sobre todo, interesante. Cuando me corte los callos te los mandaré.

TIRSO. Si pudieras mandarme los de Otilia. Dime, entre nosotros, ¿son peludos?

LUCO. Motas deliciosas.

TIRSO. Una gran adquisición. *(Cierra el álbum)*.

LUCO. Para poder comprar una colección de estas magnitudes, andaré bien el negocio.

TIRSO. Con la eutanasia en el aire estamos muy en demanda. Los médicos nos avisan varios días antes de presentarse la crisis aguda. *(Un reloj da la hora)*. ¡Las once! Se me hace tarde y me están esperando en el velorio.

LUCO. *(Magnánimamente)*. Tirso, si prefieres tener el velorio en casa no tienes que salir. Le pido la bala a María y me pego yo el tiro.

TIRSO. Te lo agradezco...

LUCO. No tendrás ni en qué ocuparte. Otilia sabe de memoria una endecha majestuosa.

TIRSO. Eso sí es ser un amigo. Gracias, Lucó, creo que puedo confiar en ti. Yo no pienso ir al velorio.

LUCO. No me lo digas.

TIRSO. De veras.

LUCO. ¿Vas al matadero?

TIRSO. (*Sorprendido*). ¿Cómo?

LUCO. Voy a menudo, siempre escondido de Otilia. Adoro degollar reses.

TIRSO. Se trata de otra aventura. Estoy enamorado.

LUCO. ¿De una mujer?

TIRSO. De Cecilia.

LUCO. ¿La conozco?

TIRSO. No lo sé. Hace un mes que se exhibe en el parque de atracciones. Le dicen Cecilia, la mujer caimán.

LUCO. ¿La mujer caimán?

TIRSO. La mujer caimán.

LUCO. Vi su fotografía en la revista del circo.

TIRSO. ¿Qué te pareció? Un ángel.

LUCO. Tiene un cutis muy exótico.

TIRSO. Está dotada de ictiosis... una sirena griega.

LUCO (*Esclarecido*). Ah... eso explica...

TIRSO. Y está cubierta de escamas como una sirena griega.

LUCO. Lo clásico siempre agrada.

TIRSO. Cuando tengo su cara entre mis manos, es como si acariciase un cocodrilo sagrado a las orillas del Nilo.

LUCO. ¿Y lo ha aceptado María?

TIRSO. No lo sabe, pero es viva. Algún sexto sentido se lo advierte y está más ansiosa que nunca por estrechar nuestra unión con un hijo.

LUCO. Mientras no se le meta en la barriga. (*Ríe como un idiota*).

TIRSO. Ella no tiene idea de cómo se fabrican, tú sabes que de niña su educación fue distinta. Su padre tenía un museo de cera.

Yo le metí el cuento de París y en eso está. (*Risita*). Me hace escribir cartas a París todas las semanas.

LUCO. Otilia se dio por vencida.

TIRSO. ¿Tienes tú el mismo problema?

LUCO. No tan grande. Le expliqué que los niños venían comiendo muchas semillas de tomate. En cualquier momento morirá de indigestión.

TIRSO. (*Riendo*). De pepitas de tomate. Cecilia se los come por docenas.

LUCO. ¡Qué mal gusto!

TIRSO. Los detesta, pero es alérgica a ellos. Es la única causa de la erupción de su piel. Yo se los compro y María cree que son para el velorio. (*Con vehemencia*). ¿Cómo voy a darle vida a un niño si mi profesión se nutre en la función de todo lo contrario al nacimiento?

LUCO. ¿Y cómo mandas las cartas, por paloma?

TIRSO. Y por si acaso... uno nunca sabe en qué manos podría caer la carta... cada vez que sale una, suelto al buitre. Las hace papilla y se las traga enteras. Carta y todo.

LUCO. Me deprimen los pájaros, lucen febriles.

TIRSO. Ven a ver el mío, es tranquilo. Le hemos puesto Comelón. (*Tirso y Luco salen por las puertas del jardín al mismo tiempo que María y Otilia entran por la puerta al fondo*).

OTILIA. La casa es de maravilla. El *solarium* de serpientes ha sido una idea genial. Solo a ti se le ocurriría tomar el sol con más nada que un fino cristal entre tu cuerpo y las víboras. ¡Qué colorido más emocionante!

MARÍA. Sin embargo, ¿para qué?

OTILIA. Pues para tu felicidad y la felicidad de Tirso.

MARÍA. Pero al morir ya no importa. Todos los cuidados que he tenido para sembrar el jardín... todas las curiosidades amontonadas durante tantos años... ¿Quién se interesará en esas cosas? Nadie. Se perderán... acabarán sin nadie que las cuide.

OTILIA. Yo he pedido que a mi muerte quemem todas mis pertenencias.

MARÍA. Eso pensé, pero el Cardenal se opone a una pira funeral con todas mis posesiones, incluyendo animales. Arguye que el humo podría causar pánico. Sabes que la Catedral está, muy a beneficio suyo, en el centro comercial. También sugerí que me enterrasen viva con todos mis muebles, pero ni a eso accedió. Y todas las semanas la carta a París rogándoles un hijo...

OTILIA. (*Eructando*). ¿Para qué hablar de comida?

MARÍA. De los otros, hijos.

OTILIA. Oh, esos niños. En esta casa grande, tan vacía...

MARÍA. Unos cuantos niños...

OTILIA. Imagínatelos en dedos cogiendo las cosas, manchando las cosas, siempre juguetones.

MARÍA. Treinta, no, cuarenta, cuarenta deditos.

OTILIA. A veces se aparecen en números impares y tumban las cosas, Como el de mi prima, tiene veinte dedos, sí, pero cinco en las manos y quince en los pies.

MARÍA. ¡Qué original! ¿Dijo cómo?

OTILIA. Pero no lo sabes...

MARÍA. (*Con superioridad, pero insegura*). Bueno, yo escribo a París.

OTILIA. ¿Te metió Tirso ese cuento? María, eres una niña ingenua.

MARÍA. (*Con esperanza*). ¿Es mentira?

OTILIA. Piensa un poco. ¿Alguna vez has podido comprobar que en París fabriquen niños? En ese caso nosotras también seríamos de Francia. ¿Acaso tenemos acento francés?

MARÍA. Entonces...

OTILIA. Tirso ha mentado.

MARÍA. ...tengo esperanza.

OTILIA. ¿Te alegras?

MARÍA. No comprendes. He desperdiciado el tiempo, eso es todo. Hay esperanza. Si no es París, ¿qué será? ¿Lo sabes? ¿Te lo ha dicho Luco?

OTILIA. Luco me dijo que teníamos que imitar las plantas.

MARÍA. De las semillas...

OTILIA. Y que si quieres un hijo flaco y delgado, comes semillas de habichuelas. Y si quieres uno gordo y rosado, las comes de tomate.

MARÍA. ¡De tomate! Y yo creyendo que eran para adornar el velorio.

OTILIA. Luco me tuvo quince años a dieta de tomates crudos.

MARÍA. Eran ciertas mis sospechas.

OTILIA. ¿Sospechas?

MARÍA. Tirso compra los tomates a montones y se los lleva a otra para tener su hijo.

OTILIA. (*Sonriendo*). Te equivocas. No me has comprendido.

MARÍA. Antes pasaba las noches en casa cuidando sus callos. Ideaba nuevas muertes, preparaba velorios interesantes, y de súbito cambió. Nunca había sido vanidoso, jamás se había mirado en un espejo, pero un buen día se apareció con media docena de corbatas, guantes, sombreros, yugos y bastantes alfileres de corbata para abastecer un martirio oriental. Colgó un espejo en el cuarto y allí pasa las horas contemplándose. Esta misma noche tuvo una rabieta al no encontrar la botonadura que iba con su indumentaria. Hace seis meses salía a la calle contento, abrochado con alfileres de criandera. ¿A quién se debe este afán de lucirse? A la otra.

OTILIA. ¿Cómo puedes estar segura?

MARÍA. El dinero. Ya no entra ni un tercio de lo que entraba. Dice que lo invierte. ¡Estúpido! ¿Es el dinero acaso como una funda de almohada?

OTILIA. Los negocios andan mal.

MARÍA. Esa es otra queja burda, porque yo leo los periódicos. Los obituarios se imprimen con la misma regularidad; pero de oírlo a él, nadie se muere. Los médicos son Judas arrepentidos descubriendo drogas nuevas para prolongar la vida.

OTILIA. Él puede tener razón. Me parece haber oído que uno «avanza».

MARÍA. Razona, Otilia, razona. ¿Quién malcría su corazón con drogas para que ande? Es tan ilógico como malcriar a un niño dándole confites para que coma. Al mío le grito: *¡Anda, viejo brujo, o muérete!* En el acto se espabila. Sabe que me da igual que gatee o que se pare.

OTILIA. Claro que no, entre nosotras, pero la gente es muy rara.

MARÍA. Y yo comprando tomates.

OTILIA. No me has dejado explicar, los tomates son mentira. Luco cree que me ha engañado. Cuando mi prima fue a París a buscar hijo lo descubrió todo. Es lo más fácil del mundo.

MARÍA. ¿Cómo? Dilo de una vez.

OTILIA. No hace falta más que un hombre. Abril, por ejemplo, puede dártelo. Le dices con firmeza... quiero un hijo... eso es todo.

MARÍA. Te burlas de mí. Eso mismo he dicho a un sinfín de médicos.

OTILIA. Estaban en combinación con Tirso. Los médicos y los funerarios tienen un pacto silente. El médico mata, el otro entierra, y proporcionalmente se dividen las ganancias. Desde siglos y siglos.

MARÍA. ¿Y Abril podría?

OTILIA. En cualquier momento, así que déjate de supersticiones. Yo pasé por todas. Primero los tomates; luego fui a un ilusionista amigo de Luco. Me colocó un muñeco de trapo sobre el vientre, chilló unas palabras mágicas, me hizo cosquillas por todo el cuerpo con unas astas de toro y salí de su consulta con toda la piel arañada. El muñeco siguió siendo de trapo. Luego permanecí treinta días sentada sobre un huevo de ganso comiendo maíz tostado y gusanitos fritos. No puedes imaginar mis sacrificios. Y ahí estaba, agachada sobre el huevo, cuando mi prima llegó de París. Traía una colección de litografías compradas en el portal de la Madeleine que lo explicaban todo con lujo de detalles.

MARÍA. Y pensar que en una iglesia, adonde voy tantas veces.

OTILIA. Nunca lo hubiese pensado y sin embargo es lógico. ¿Acaso no nos ordena la Biblia multiplicarnos? *(Luco y Tirso entran en la habitación durante la última frase. Están preparados para salir, llevando en la mano guantes y sombrero).*

TIRSO. Se me hace tarde.

LUCO. Tirso quiere que lo acompañe al velorio y como en realidad vine a hacerle la visita...

MARÍA. Tirso, no quiero que vayas.

TIRSO. Es mi deber. Soy director de llantos y quejidos y esta noche hay ensayo de barítonos.

OTILIA. Mi voz es de barítono, podemos ir todos.

MARÍA. Tirso, quiero un hijo.

TIRSO. Ya lo sé, quédate en casa haciendo tus ejercicios y ya verás cómo llega.

MARÍA. No salgas. Quiero un hijo... me oyes... ¡quiero un hijo!
(*Saca el revólver*).

TIRSO. Y lo tendrás, lo tendrás.

MARÍA. ¡Mentiroso! (*Dispara el revólver y al caer Tirso la escena queda completamente oscura*). ¡Quiero un hijo!

(*Al encenderse de nuevo las luces del escenario estamos en la misma sala, pero la figura que dormía en el sofá ha despertado. Todos los demás personajes han desaparecido. La mujer que dormía se incorpora: es María. En la puerta del fondo aparece Abril*).

ABRIL. (*Entrando en la habitación*). ¡Llamó la señora?

MARÍA. No, Abril, dormía. Soñaba. (*Se oye un batir de alas*). Espera. ¿Lo escuchas también, Abril? Como un batir de alas.

ABRIL. El buitre sale de noche a buscar ratones y cangrejos.

MARÍA. No, no es el buitre, eres tú. Yo jugaba con palomas y todo el tiempo las alas estaban aquí en la tierra.

ABRIL. Aún queda una paloma. Más tarde, cuando haya regresado el buitre harto de ratas y sapos, la soltaré con la carta.

MARÍA. No hacen falta ni cartas ni palomas. Abril, escucha. (*Con intención*). Quiero un hijo.

ABRIL. Lo sé, señora...

MARÍA. No entiendes. Te digo a ti como a un hombre, ¡quiero un hijo!

ABRIL. Sí, señora, la comprendo, pero el caballero puede...

MARÍA. Esta noche, Abril, el caballero no volverá a casa.

ABRIL. En ese caso, señora, podré servirle.

(*Telón*).